

Carta de Alemania. Cine argentino en Berlín

Ana María Rabe

Argentina no es sólo Buenos Aires. Nadie, sin embargo, puede desmentir el hecho de que la metrópoli a orillas del Río de la Plata no es una mera parte, sino el centro administrativo y cultural de Argentina. Es la capital de un gigantesco país que reúne climas, vegetaciones y paisajes tan diversos como los de la pampa, la cordillera, la puna, la zona antártica y las latitudes tropicales, y que alberga descendientes de los más variopintos pueblos: indígenas de las australes tierras americanas, gente de Asia, Europa y África.

Bien es verdad que en su narcisismo, Buenos Aires a veces se olvida de que ni es la ciudad europea que le gustaría ser, ni tampoco la síntesis de «lo argentino» con lo que, como cree, tiene que cargar. En sus mejores tiempos se mecía en la ilusión de que podría ser un segundo Madrid, incluso un reflejo de París. Pero nunca, al menos que yo sepa, pretendió asemejarse a Berlín. Y justo ahora, en medio de una reemigración masiva a Europa que intenta escaparse de los interminables periodos de crisis económica, es la metrópoli prusiana la que se jacta de ser «argentina». «Quién lo diría, Berlín es la capital mundial del tango... después de Buenos Aires, por supuesto», afirma Klaus Wowereit, Alcalde Gobernador de una ciudad que ofrece veraniegas imágenes nocturnas como las de unas parejas de alemanes bailando el tango a orillas del río Spree, en un escenario perteneciente a la nueva área de Gobierno. Como resalta Wowereit en el libro editado con motivo del festival «Berlín – Buenos Aires» que ha celebrado este año entre agosto y noviembre el primer decenio de hermandad entre las dos urbes, de las 17 ciudades hermanas que tiene la capital de Alemania, Buenos Aires es «la más distante, aunque sólo en lo geográfico». ¿Cómo no le iba a invitar su homólogo porteño, Aníbal Ibarra, en la ceremonia de inauguración desde el escenario de la ópera *Unter den Linden* a probar unos pasos de tango, los mismos que él había dado ante las cámaras alemanas?

Buenos Aires no es sólo el tango. Mucho menos es identificable con aquellas «salidas», aquellos «ochos» y «ganchos» con los que luchan los tango-maníacos repartidos por el mundo. Pero hay que ser justos – no pretendo decir que Berlín no sepa que Argentina no empieza ni acaba en el Río de la Plata, y que la vida de Buenos Aires no se reduce al tango. Entre los múltiples eventos que se han organizado en el marco del festival, destacan las funciones de teatro de Alejandro Catalán, Daniel Veronese y Beatriz Catani; la presentación de la ópera *María de Buenos Aires* de Astor Piazzolla y Horacio Ferrer bajo la excelente dirección de Marta Carrizo Raphelt; exposiciones como *Buena Memoria* de Marcelo Brodsky, que intenta rescatar la memoria de los jóvenes «desaparecidos» en la última dictadura militar; un simposio internacional sobre Alfred Döblin y Roberto Arlt; conciertos de música contemporánea de compositores como Mariano Etkin, María Cecilia Villanueva, Mauricio Kagel, Ana María Rodríguez, entre otros muchos; y, cómo no, un ciclo de películas argentinas.

Largometrajes, documentales, cortometrajes: he aquí las herramientas principales con las que Berlín se está forjando su imagen de un país cuya capital se encuentra a casi 12.000 kilómetros de la urbe prusiana. Hace unos años, la *Berlinale* implantó en la ciudad natal de Marlene Dietrich y en el resto del país el cine argentino como instrumento para conocer y soñar una nación que batió, hace casi cuatro años, el record mundial de desgaste presidencial. Especialmente desde el 2001, el festival de cine más importante de Alemania ha mostrado un gran interés por unas producciones cinematográficas que no sólo deben de haberse realizado, a juicio de un ciudadano alemán medio, «milagrosamente» en plena crisis económica, sino que, para colmo, son de una calidad extraordinaria. Los cineastas que triunfan en Berlín y en muchos otros festivales del mundo son sobre todo representantes del así llamado «Nuevo Cine Argentino», de aquella generación joven que se creó a partir de 1995 con el apoyo del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales. Entre 2001 y 2004, la *Berlinale* ha concedido algunos de sus osos a Lucrecia Martel por su film *La ciénaga*, a Sandra Gugliotta por *Un día de suerte*, a Lucrecia Cedrón por *En ausencia* y a Daniel Burman por *El abrazo partido*.

Pero ahí está también el veterano Fernando («Pino») Solanas, que siempre ha sido bastante considerado en Alemania. Su filme *La hora de los hornos*, obra paradigmática del Cine de Liberación, se mostró en 1969 en la televisión pública alemana mientras estaba prohibido en Argentina. El reconocimiento germano de este cineasta ha persistido has-

ta el día de hoy. Da fe de ello la *Berlinale* de este año, que le concedió uno de los mayores premios del festival, el Oso de Oro a la trayectoria. Con motivo de este homenaje, el festival programó, aunque no proyectó, la última película de Solanas, *Memoria del saqueo*, un filme militante que pretende revelar las causas políticas y económicas del estallido social a finales de 2001. El «ensayo fílmico», como caracteriza Solanas su documental, será completado por una segunda parte titulada *Argentina latente*, que se ocupa de los acontecimientos a partir del 2002 y que seguramente se estrenará el año que viene.

La hora de los hornos, *Memoria del saqueo* y avances de *Argentina latente* forman parte del programa de cine argentino que la asociación «Amigos de la Filmoteca Alemana» organizó en colaboración con el Instituto Ibero-Americano con motivo del festival «Buenos Aires –Berlín». Bajo el título «Ciudad en crisis– Nuevo Cine de Argentina» se presentan diferentes perspectivas sobre la Argentina actual y su pasado, tomando como punto de partida la vida y la sociedad de la palpitante capital federal del país. Para el público berlinés, interesado por lo general en los movimientos sociales, las consecuencias de la globalización y las muestras de solidaridad que puede haber entre los ciudadanos de otras naciones, este ciclo supone una ocasión para hacerse una imagen, más allá de los medios de comunicación, de lo que está ocurriendo en Argentina. Tomará conciencia de la existencia de los cartoneros, cuya humilde labor y cuya dignidad quedan reflejadas en *El tren blanco* de Nahuel García, Ramiro García y Sheila Pérez Giménez. A través del *Cine Piquetero*, presente en el programa con tres filmes, se hará una idea de la situación de los obreros sin patrón y los militantes de la lucha social. Tal vez se sorprenda de que allí, al otro lado del Atlántico, también exista el racismo, de que incluso dentro de la desgracia haya jerarquías, como demuestra la película *Bolivia*, rodada en blanco y negro y dirigida por Israel Adrián Caetano, uno de los representantes más significativos del cine joven de corte neorrealista.

Además de las películas de Solanas, del *Cine Piquetero* y de los representantes del «Nuevo Cine», el ciclo muestra el film político *Los traidores* (1973) de Raymundo Gleyzer, el único largometraje que realizó la izquierda no peronista, y *Argentina Mayo 69* (1971), dirigido por un grupo de cineastas que, bajo el impacto de *La hora de los hornos*, decidió documentar el *cordobazo*, la revuelta de trabajadores y estudiantes en Córdoba en los años 60. A la vez que la Filmoteca Alemana muestra su programa de cine argentino, el teatro berlinés *Hebbel am Ufer* rinde homenaje a la directora salteña Lucrecia Martel

con la presentación del cortometraje *Rey muerto*, del documental *Las dependencias* y de *La ciénaga*, un largometraje que se estrenó en el año 2000 y que ya es un «clásico» del cine joven argentino. El que crea encontrar en esta última película metáforas de un país al borde del abismo no podrá contar con la aprobación de la autora. Como afirmó Martel al el periódico suizo *Neue Zürcher Zeitung* en marzo de 2002, el guión de la película fue premiado en 1999, cuando Argentina todavía seguía su curso «normal», es decir el de un país sudamericano en crisis permanente.

Argentina no es sólo «la crisis». Cuando los alemanes piensan en este país, les viene a la mente una nación que posee unas inmensas riquezas naturales y que cayó en una desastrosa situación económica. Para ellos, esta última empieza en diciembre de 2001, con los *cacero-lazos*, las revueltas sociales y la represión policial de aquellos días; la asocian con la quiebra bancaria, el *corralito*, las crecientes masas de desocupados, pobres y emigrantes. ¿Pensó Martín Rejtman en «la crisis» cuando hizo *Los guantes mágicos*, su último largometraje, que acaba de estrenarse por los festivales del mundo? Ésta es una de las preguntas que se plantearon en la inauguración del ciclo «Ciudad en crisis» tras la presentación de la película. Entre el público berlinés seguramente hubo más de uno que pensó lo mismo. El cineasta, considerado por algunos críticos de cine como el «padrino» de la generación más joven, responde que escribió el guión en el año 2000, o sea, antes de los acontecimientos que derrocaron al gobierno del presidente Fernando de la Rúa. Y añade algo que muchos de sus compatriotas, entre ellos Lucrecia Martel, afirmarían: «Argentina se encuentra en una crisis permanente. Estamos entrenados en manejarla».